

EDITORIAL

## ¿Medellín sin corruptos?

El ex alcalde de Medellín Sergio Fajardo se cuenta hoy entre los aspirantes a la presidencia, con la facultad de hablar claro, de una manera fluida y persuasiva. Nos queda por ver los resultados en Colombia de un gobierno suyo.

Su campaña se está desarrollando de manera abierta contra la corrupción y anunciando que no esbozará un programa a los colombianos para que lo pensemos y para que quienes lo vayan a crear pertinente y posible, lo acompañen en la empresa democrática que se ha propuesto. Las oraciones de sus discursos constituyen un pensamiento concreto de la política y se desprenden de ellas que Fajardo es un colombiano joven que quiere lo mejor para el país. Llamó poderosamente la atención la referencia que hizo a la ciudad de Medellín, de la cual fue su alcalde. Citó cifras del presupuesto de la capital antioqueña a manera de ejemplo: 2 billones de pesos. Planteó cómo y de qué manera fueron posibles las obras que se desarrollaron durante su gobierno y expuso con inobjetable eficacia en las palabras y en sus gestos y actitudes para comunicarse, que en Medellín prácticamente logró hacer todo lo que se propuso.

Nos dejó la sensación de una transparencia absoluta durante la administración que presidió en esa ciudad. "Si se hubieran robado el 10% del presupuesto y esto equivale a 200 mil millones de pesos, no tendría Medellín tales obras, dijo. Si el 15%, tampoco se contaría con estas obras, anotó, pero advirtió que en todo caso, todo su plan de inversiones en beneficio de los estratos más pobres y necesitados se cumplió. ¿Será que no se robaron un peso en Medellín durante la administración del doctor Sergio Fajardo?

Qué importante noticia, lo que pasa es que semejante

notición está por comprobarse. No parece posible en un país donde la plata que se pierde anualmente por concepto de la corrupción sobrepasa los 20 billones de pesos, que Medellín haya estado absolutamente exenta del fenómeno. Esa es una condición de normalidad absoluta, un caso excepcional en un país donde hay mugrosos de alma y del espíritu entre tanto hombre haciendo daños, robando, apoderándose de los bienes del Estado y de los recursos de todos los colombianos.

El discurso de Sergio Fajardo contra la corrupción está bueno, pero es que disertaciones excelentes contra ese mal se nos han ofrecido en no pocas ocasiones en Colombia. Nos parece oír al presidente Uribe en su campaña hablando de la politiquería y la corrupción. Anunciando su decisión implacable de perseguirla hasta su erradicación definitiva. Pues no ha ocurrido en los dos periodos que lleva gobernando. La corrupción sigue intacta, está en pleno vigor y observancia. Ese mal tiene vigencia plena en Colombia y es cierto lo que dice Sergio Fajardo, el matemático político de estos tiempos. Con el 50% de casi 25 billones anuales que se roban en Colombia, estarían solucionados los problemas sociales que enfrentan millones de compatriotas que todavía carecen de salud, padres que no pueden educar a sus hijos en las condiciones que sí alcanzan las minorías de los estratos privilegiados de la población. Tendríamos los colombianos la posibilidad de ir a conocer las bellezas del Chocó, por carreteras que no serían como hoy caminos de muerte y desesperanza, factores de sufrimiento, discriminación y aislamiento. Con la plata que se queda en el bolsillo de los corruptos el país pudiera ofrecer alternativas de empleo y muchas, pero muchas oportunidades de las que hoy carece más de la mitad de los colombianos.

Lo que hacen los corruptos en este país es un vilipendio permanente contra todos nosotros los colombianos. La corrupción desprecia, humilla, deshonra, pero ese mal no se persigue con la contundencia que hay necesidad de hacerlo, porque nuestros gobernantes se han dado por vencidos y en el mejor de los casos, lo que han hecho es hacerse los de la oreja mocha.

No nos quedó claro, del discurso de Sergio Fajardo, su informe sobre el caso Medellín ciudad de la que dio excelente cuenta durante su gobierno. "Si así lo fuere, que Dios y la patria se lo premie", pero si es mentira, "que él y ella se lo demande".

## Un país sobrediagnosticado

José Jaramillo Mejía



Don Simón Díaz, el inolvidable profesor del Instituto Universitario, cuyas clases recibimos varias generaciones de caldeses del Viejo Caldas, y a quien distinguimos como una "enciclopedia ambulante", por los inmensos conocimientos humanísticos y científicos que tenía, decía que los colombianos éramos muy brutos, porque estudiábamos mucho y no aprendíamos nada. Se refería a la administración pública, que tenía, y tiene, estudios para todas las necesidades de la comunidad, tan extensos como profundos, y costosos cuando se contrastan con asesores externos, la mayoría de los cuales no se lleva a la práctica, y reposan como letra muerta en los anaqueles de los despachos oficiales.

Un ejemplo es la integración vial del país, de la que se está hablando desde la campaña presidencial de César Gaviria Trujillo, como requisito para imponer la apertura económica. Esta última se hizo, contra viento y marea, y las carreteras no se han visto. Con ellas se pretendía acercar la producción agrícola e industrial a los centros de consumo, y a los puertos, para reducir costos de transporte y ganar tiempo. Cuando el director de La Patria entonces, Luis José Restrepo, me envió a Bogotá a entrevistar al candidato Gaviria, a quien el Perú-

dico apoyó por ser de la región, sin importar que fuera liberal. "La Patria por encima de los partidos", antes de hablar con el personaje tuve la oportunidad de dialogar largamente sobre el tema con Luis Fernando Jaramillo Correa, quien después fue Ministro de Obras Públicas y más adelante Canciller. El mismo que ahora es presidente de Autopistas del Café, obra que fue contratada para realizarse en 27 meses y lleva construyéndose más de 12 años y aún no se termina. Lo que no obsta para que, por tamos, se haya inaugurado varias veces, como es usual en las obras públicas.

Jaramillo hablaba de construir dos grandes vías, amplias y rápidas, que integraran el país de sur a norte. Y hacer las transversales necesarias para comunicar el oriente con el occidente, desde Venezuela hasta los puertos colombianos sobre el Pacífico. La realidad, 20 años después, es que las metrópolis, en las que se concentran las industrias y la mayoría de la población colombiana, con frecuencia quedan aisladas por los derrumbes y la destrucción de la banca; y las autoridades responsables del sistema vial culpaban a los inviernos, a la Naturaleza y hasta a San Pedro, por no reconocer que las carreteras están mal hechas, sin manejo de taludes; y sin viaductos y túneles, donde sea necesario para esquivar las dificultades de terreno. No son más que unas trochas untadas de asfalto, que se hunden con el paso de un ciclista con parrillero. josejara@une.net.co

## Llenarse de adjetivos para nada

Jorge Iván Cuervo R.

He descubierto que mientras más adjetivos descalificadores use en una columna, ésta gusta más.

El lector de columnas generalmente es una persona con cierto grado de indignación que se queda en la epidemia de los adjetivos para evadir el debate sustancial que plantea el autor. Cuando escribo una columna que puede considerarse seria, he podido advertir que esto implica menos lectores, menos correos, y por ende, menos aceptación. El lector de columnas promedio es un lector superficial.

Por otro lado, asumo que en los sectores populares se lee muy poco, y en especial columnas de opinión, seguramente porque no tienen siquiera el dinero para comprar el periódico, o el computador para acceder a la versión en line. En los altos estratos tampoco se lee por razones que tiene que ver con el grado de autosuficiencia moral que allí se respira. Así que intuyo que escribo para un lector con un cierto grado de educación, perteneciente a los estratos medios y altos, para quien una columna le sirve de desahogo o como recurso para reafirmar sus prejuicios y creencias.

Por lo que he visto en los correos, me leen más hombres que mujeres, y en especial quindianos residentes en España y

Estados Unidos, quienes comparten conmigo la desventura de tener un departamento preciso con una clase dirigente incapaz e inescrupulosa. Curiosamente, varios de mis interlocutores son funcionarios públicos que tienen el hábito de leer el periódico y cuentan con un computador para enviar un correo, generalmente anónimo, para apoyar mis puntos de vista. Es su forma de protestar contra lo que ellos saben es un desastre.

Ahora, ¿para qué sirve una columna? Ninguna de las cosas que he dicho en cuatro años de columnismo en la Crónica creo, ha servido para algo. Ni para crear conciencia sobre la mala calidad de la clase política en el Quindío—suelven y votan por los mismos—, ni para despertar el interés ciudadano por la cosa pública—las cosas siguen manga por hombro y los políticos se siguen enriqueciendo con total impunidad—, ni siquiera para mejorar el debate democrático—lo que dice el caudillo es acatado sin objeciones. Siento que es un disparo retórico al aire que se queda sin interacción ni respuesta, una suerte de solipsismo inocuo, un ejercicio innecesario del ego. Pero por alguna razón considero que un espacio como éste no se puede dejar abandonado, que no hay que ceder ante la desesperanza que a

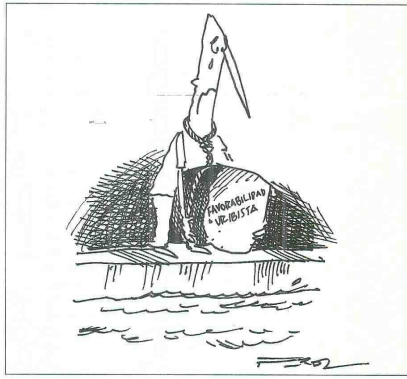
veces nos invade a los formadores de opinión por no poder evidenciar un cambio en la opinión pública. Que moleste a uno que otro sinvergüenza, ya es suficiente aliciente para seguir escribiendo.

Una prueba reciente de la inutilidad de las autoridades municipales sobre la irregular aprobación de la licencia de funcionamiento y construcción de los dos casinos ubicados en la plaza de Bolívar de Armenia. ¿Será que nadie en la Procuraduría o en la Personería—donde asumo que le dan una leída a las páginas editoriales de la Crónica—le intriga saber cómo fue posible que se hubiera autorizado el funcionamiento de estos casinos violando todas las normas urbanísticas posibles? ¿Será que a no le da la interesa saber quiénes son los dueños, y cuáles los vasos comunicantes con el poder político local?

Colefilla. Recojo como legítima la pregunta de Gardezabal en la Luciferina: La petición de convocatoria del Consejo Nacional de Seguridad por parte de la cúpula militar, ¿puede entenderse como un apoyo soterrado a la candidatura de Juan Manuel Santos, o como un amague de golpe de Estado?

jorgevancuervo@etb.net.co

## La Crítica



## La educación de mal en peor (II)

Jorge Eliécer Peña López



La semana anterior hice referencia a las primeras veinte evidencias que demuestran el abandono y atentado del actual gobierno a la educación pública, que en general son un cen-

mite el ingreso de personas que no tienen como especialidad la educación.

31. Aumentó el tiempo de la jornada escolar, pero reduciendo el número de clases diarias, para disminuir el número de docentes.

32. Desestimuló el bienestar prestacional de los docentes para obligarlos a renunciar al cargo.

33. Aumentó los rangos exigidos para el nombramiento del personal directivo, evitándose el nombramiento de nuevos docentes.

34. Ha violado el cumplimiento del Plan Decenal de la Educación prolongando por un año más la promoción automática de los estudiantes, así estos académicamente reprobaban.

35. Promueve la entrega de la educación a los municipios para que estos asuman dicha responsabilidad.

36. Suprimió la capacitación al personal docente.

37. Viola la autonomía escolar de las instituciones imponiendo un tipo de evaluación en el Icfes distinta a la practicada en aquellas.

38. Estableció los estándares mínimos para la educación de los estudiantes, en vez de preferir los estándares básicos de los que deben aprender los niños y jóvenes.

39. No establece un régimen de estímulos a los docentes destacados, investigadores o con trabajos exitosos.

40. Establece las horas extras entre los docentes a precios irrisorios para eludir el nombramiento de docentes.

41. Ordenó el cierre de los colegios nocturnos.

Por cuestión de espacio no alcancé a terminar las evidencias demostrativas de que el gobierno es el principal enemigo de la educación pública.

## Nuevos trastornos de conducta alimentaria

John Jairo Duque Ossman M.D.

La obsesión por la belleza, el cuerpo perfecto, la juventud eterna, la delgadez extrema y la asociación de estas características con el éxito social, personal y profesional está provocando una auténtica debacle entre los jóvenes de nuestro país, que cada vez resultan más vulnerables a desarrollar un trastorno de la conducta alimentaria (TCA).

Estos se han multiplicado de manera exponencial en el último lustro y se han diversificado de tal manera que los profesionales que tratan estas patologías se están encontrando con una gran cantidad de problemas que no responden a los patrones clásicos de anorexia y bulimia. Estas nuevas alteraciones presentan síntomas más difusos y ya no deterioran el aspecto físico de los pacientes de manera rápida y visible. Por el contrario, evolucionan durante años de manera mucho más silenciosa, lo que dificulta enormemente su diagnóstico y tratamiento. Los nuevos trastornos son la ortorexia, diabulimia, vigorexia y sadorexia.

Ortorexia: obsesión por comer sano y fijación por no envenenarse con los alimentos. La dieta libre de conservantes y aditivos condiciona la vida del paciente, que renuncia a acudir a eventos y reunio-

nes e incluso, se enfrenta a los demás por este motivo.

Vigorexia: percepción distorsionada de la imagen corporal. Nunca se es suficiente grande y musculoso. Afecta más a los varones. Se restringen las grasas y se come un exceso de carbohidratos y proteínas. Se incluyen esteroides y otros dopantes. Causa problemas hepáticos, renales, cardíacos y metabólicos.

Diabulimia: combinación de diabetes y bulimia. Ocurre en paciente con diabetes tipo 1 (insulinirrequerientes) especialmente en mujeres adolescentes. Se limitan los carbohidratos y se reduce la insulina por miedo a subir de peso. Puede causar la muerte, incluso al inicio de esta patología.

Sadorexia: se intenta adelgazar provocándose dolor físico y autolesiones que también se usan como castigos cuando se come de más.

Se estima que un 5.56% de la población, especialmente mujeres adolescentes, sufre un problema de esta clase. La sociedad actual sobrealimenta aspectos como la belleza física, la delgadez, la juventud, la estética y además, fomenta una competitividad desahogada desde la edades más tempranas; que están atenuadas por el afán de perfeccionismo y se enfrentan a la

crítica feroz cuando se salen de estos parámetros que, por otra parte, se alejan a su vez de la salud. Es más, en el seno de las propias familias se gestan muchos TCA, casi de manera inconsciente. ¿Con qué autoridad se le dice a un niño que su dieta debe hacer cinco comidas diarias y que su dieta debe incluir todos los alimentos en cantidades justas cuando la madre se pasa la vida probando dietas milagrosas hace un drama del hecho de no entrar en un faldón y no probar, no prueba la carne o se salta sistemáticamente el desayuno o la comida?

Deberíamos hacer un ejercicio de reflexión y preguntarnos que responsabilidad tenemos cada uno. La familia es responsable de instaurar hábitos alimenticios sanos y de reforzar la autoestima de sus hijos; los medios de comunicación deberían ocuparse de fomentar mayor variedad de estereotipos físicos y de regular la publicidad dirigida a los menores, que por una parte los aboca al sobrepeso (comida chatarra) y por otra les exige estar delgados como espigas. Finalmente toda la industria de la belleza y de la moda debería admitir de una vez que la idea que nos venden de perfección no coincide con la de salud y que esta no se basa en una talla, si no en unos hábitos de vida correctos.